

Visiones, por Kingerly León

Somos de aquí, de allá y de todos lados. Somos nosotros a través del recuerdo. Somos canciones, lugares y verbos.

Mi empeño está enfocado en los atardeceres naranjas, y lo entiendo, después de todo, el cielo en cierto modo funciona como emulador de nuestras vidas. Cuando estos colores cesan y llega el anochecer, no me quedan muchas ganas de nada. Últimamente, llego tan cansada del trabajo que no queda espacio para pensar, lo que es perfecto; porque luego de trabajar doce horas seguidas, lo único que deseo es llegar a casa para descansar.

En esta situación comprendes que el dormir es una de las mejores cosas de la vida. Dormir funciona como sanador natural. A través de este acto, puedes ser capaz de olvidar a la gente y los lugares (ir)relevantes. Puedes entrar en un estado de meditación que te obliga a dejar de pensar. Después de todo, no es lo mismo irte a la cama en paz, que hacerlo para evadir responsabilidades y emociones.

Uno crece con muchos miedos, pero sobretodo con muchas dudas genuinas. Hay temores importantes y otros que la vida te enseña que son tontos. El intentar explicarlos –los temores- se vuelve casi tan abrumador como sentirlos. Creí nunca tener dudas sobre el futuro. Todo lo veía muy claro; salir del colegio a los 17, tener la licenciatura a los 21, luego conseguir un buen trabajo y finalmente alzar vuelo. Sin embargo, la realidad como un balde de agua fría cayó sobre mí.

Mis últimos días en la ciudad de la furia, transcurrieron como todos los “últimos días”. Estos dejaron de ser solo días, mientras le abrían paso a la felicidad plena disfrazada de añoranza precipitada. Faltaron tantas cosas por hacer y descubrir...Pero ahora no tengo espacio en mi cabeza -ni tiempo- para pensar en ello, todo lo ahogo con el trabajo, o en la copa de vino tan propia de los viernes.

Descubrí que me gusta vivir aquí. Mi nueva ciudad huele a pasta y uvas secas. El arte está en cada esquina que cruzo. Siento que siempre estuve destinada a estar aquí. “¡Qué lugar tan de pinga!” pensé una tarde mientras volvía en una ocasión del trabajo. Aunque hace mucho calor por las tardes, no es nada que no se encuentre dentro de los límites tolerables... Ya veremos cómo me trata el próximo verano.

Mi habitación puede resultar un poco pequeña, pero es lo que necesito; después de todo me encuentro sola. Hace dos meses quise adoptar una mascota. Decliné la idea; era absurda tomando en cuenta que no tengo el tiempo necesario para darle la atención que se merece.

Mi jefe es oriundo de Portugal, a veces me recuerda a Fabián, el dueño de la panadería que se encuentra a la esquina de mi casa en Petare. Casi paso pena con él los primeros días después de haberme contratado cuando estuve a nada de llamarlo “Portu”. Me sorprendí a mi misma por esos días pensando en él y en su oficio, ¿por qué este tipo tenía una tienda de zapatos cuando podía estar horneando pan? Rápidamente me di cuenta de la ridiculez de mi cuestionamiento,

al final, el origen no define el oficio de una persona...y cuanto sabía yo de eso ahora.

Llevo rato sumergida en mis pensamientos, alzo la vista para ver el reloj en la pared. Son casi las seis.

Desde la ventana de mi pequeño apartamento alquilado, encuentro un punto específico que fija los colores mezclados de la tarde. Naranjas, siempre naranjas... Por lo general suelen ser tonos rosados o violetas, pero aquí el color siempre es el mismo. No le he comentado a nadie lo siguiente por miedo a que piensen que la soledad me está volviendo loca; meteorológicamente hablando, el fenómeno es imposible, pues aunque la escala de colores se repita, nunca es exactamente igual. Sin embargo, aquí lo es. Las nubes se convierten en tres franjas que, además de los tonos, coinciden día a día en su figura; siempre con las mismas aristas, siempre con iguales motas blancas en el medio.

Me muevo un poco de lugar para intentar captar las invariables.

Pienso en mi ciudad de origen. En mi ciudad de los techos rojos. Me hace falta la montaña que la rodea, subo la vista en su búsqueda... nada. Pienso en todos los momentos que dejé pasar y todos los "mejor lo dejo para después" que me acompañan hasta hoy.

Nunca fui de romantizar el Salto Ángel, ni ningún otro paisaje de Venezuela. Pero el cielo... el cielo de Caracas es otro tema muy distinto.

En el aeropuerto se bloquean muchas emociones, toca retener la incertidumbre y la duda para que no se expandan. Toca cohibirse del sentir para no hacer todo más complicado... de todas formas eso queda para después; para el encierro en el exilio cuando te pierdes un rato mirando el cielo.

Subo la vista y vuelvo a estar consciente de mi entorno.

Azul. Solo azul. Infinitamente azul.

¡Qué tonta! –pensé– probablemente la soledad si me está volviendo loca.

